

[Publicado en *El Periódico de Aragón* el 6-II-2001]

## **El ABC del PHN del PP**

Guillermo Pérez Sarrrión

Casi 250.000 aragoneses se manifestaron contra el Plan Hidrológico Nacional, pero la vida política sigue: el PP sigue con un PHN diseñado para el trasvase del Ebro, con una aplastante campaña mediática contra el gobierno autonómico de Aragón. Antes no éramos nada; ahora sí, los del botijo. Y en plazo breve, en cualquier caso antes del fin de la legislatura, las excavadoras gigantes empezarán la tarea.

No tiene gran interés entrar aquí en aspectos políticos o técnicos del PHN sobradamente analizados: las cifras sesgadas, en la demagogia política de los presidentes regionales de Valencia, Murcia, el desprecio hacia los argumentos de la DGA, y otros. Simplemente están ahí.

Menos atención se ha prestado, en cambio a elementos que sólo se entienden desde el largo plazo, el tiempo en el que se mueve la historia social y a veces el derecho o la economía, pero poco la política. En términos de cambio social y medioambiental, ¿Qué alcance tienen acciones hidráulicas como el trasvase del Ebro?

El trasvase a Valencia, Murcia y Almería va a beneficiar principalmente a las grandes sociedades que pueden hacer roturaciones ilegales para especulación o para una agricultura industrial basada en mano de obra semiservil de emigrantes. No va a beneficiar al pequeño agricultor mediterráneo. Va a dar contratos fáciles a las grandes empresas constructoras, que se van a pagar con dinero sacado de los impuestos de todos —incluidos los aragoneses—.

La prensa descubre ahora con asombro que según datos del SEPRONA los regadíos ilegales en Valencia-Murcia-Almería pueden suponer hasta un 10% del total cultivado, que las roturaciones salvajes de montes propiedad de particulares, de ayuntamientos que no cuidan su patrimonio (o que simplemente son asaltados por grupos locales para conseguir cesiones de terrenos con fin especulativo), se han multiplicado con la noticia del trasvase. Pero esto es viejo, muy viejo. En realidad lo raro sería esperar otra cosa. Cuando en 1764 los ciudadanos de Zaragoza se enteraron de que el Canal Imperial de Aragón, que hasta entonces sólo llegaba hasta el Jalón, se iba a construir llevando el agua hasta Zaragoza, una masa de agricultores de la ciudad se abalanzó a roturar tierras en Miralbueno, el secarral comunal que se anunciaba como zona regable. Detrás, los movían los ricos de entonces: los grandes comerciantes de granos. Y esto no fue privativo de la zona de regadío zaragozana: los historiadores han documentado los inmensos asaltos a los montes y las tierras comunales de propiedad pública que se produjeron en el siglo XVIII, en los años centrales del siglo XIX, o en los años cuarenta y cincuenta del ya pasado siglo XX, en pleno franquismo, con la complicidad de alcaldes y concejales conectados a las constructoras y grandes propietarios agrícolas. El anuncio de obras de regadío provoca la especulación salvaje con las tierras regables, que ahora con bombas de elevación son casi todas, aumentando artificialmente la demanda con fines especulativos y creando una mayor escasez. Y es que en los catastros sigue siendo posible hacer trampas. Y esto, ¿no se sabe?

El agua, como el suelo, es un bien que no puede dejarse depender simplemente de las fuerzas del mercado por su importancia social y medioambiental. Las grandes obras de regadío han estado de siempre ligadas a la

acción de un poder público. En la época preindustrial, el regadío no traía consigo un aumento espectacular de la productividad —en el siglo XVIII se calculaba un 20% más—, sino que ante todo permitía asegurar la cosecha y por tanto sobrevivir; se decir, tenía significación social, más que puramente económica. Sólo en el siglo XIX se desarrolló en Europa el mito de los frentes de colonización interior y las roturaciones agrarias —Siberia; aquí, los Monegros— prescindiendo totalmente de cualquier consideración medioambiental, y sin ligarlo al agua. La visión del regadío asociada a la prosperidad ilimitada y las técnicas de la revolución agrícola —rotación, abonos, tractores, agricultura para zonas industrializadas—, al falso igualitarismo social de las fallas, la paella y la huerta, es aún más reciente, y también se ha acabado. Pero contra corriente es lo que se pretende vender políticamente en las regiones mediterránea. No se tiene en cuenta que hoy, tras más 200 años de destrozar la naturaleza, hay que prestar atención fundamental al factor ambiental, o que el coste del consumo de energía necesario para una obra pública así y de su impacto ambiental son superiores al de construir plantas desalinizadoras, reciclar agua o simplemente darle otros usos en el propio valle del Ebro.

El PHN del PP se basa en informes que no tienen en cuenta que en el largo plazo el desarrollo económico no es indefinido, que desde el punto de vista de la naturaleza tiene límites bien claros, y que una acción así crea grandes desequilibrios territoriales y sociales. El más lerdo ve que con el cambio climático no va a haber agua para el trasvase, y menos si ni siquiera hay un plan riguroso de aprovechamiento de los caudales existentes y una buena policía del agua. Y no la hay. Entonces ¿por qué el empeño en mantener el trasvase entre cuencas, provocando una división social vertical entre partidos y colectivos sociales, horizontal entre regiones que creen beneficiarse de él y regiones que no?

El PP vende ideas falsas como la de que el agua es un bien de mercado como cualquier otro, y tiene compromisos con los grandes grupos económicos que esperan hacer su agosto con las obras de ingeniería del travase. Pero sobre todo persigue a corto plazo el objetivo político de conseguir votos de los agricultores levantinos, que no tienen gran poder económico —que está en manos de las grandes sociedades agrícolas— pero son un grupo electoral amplio, interesante, y fácilmente moldeable a través de los medios de comunicación y opinión. Es agrarismo barato.

Para ello ha diseñado un gran barullo mediático donde se manejan varios argumentos interesados. El primero, un confuso y pretendidamente tradicional ideal de sociedad agraria hidráulica, feliz e igualitaria. El segundo, el respeto reverencial, cateto y casi mágico que se sigue teniendo hacia los informes técnicos —qué gran error—. Hoy nadie se atreve a discutir afirmaciones de ingenieros o economistas de que el travase es posible, o rentable. Nadie pregunta si hay otros ingenieros o economistas que dicen otra cosa. El tercero, la falsa e interesada idea cultural de que el mundo es ya demasiado complicado y lo que viene es siempre algo inevitable. Con esos mimbres, a por la próxima elección.

Así es si así parece. El PP impondrá el PHN y con él el trasvase de cuenca, y la factura la pagará el futuro. Pero vales lo que eres: el agua, a donde estén los votos. Y así vamos.

(1.134 palabras)